

La escritora de comedias (Tragedia)

por Jimena Márquez

La escritora de comedias

(Tragedia)

NOTA 1: Se adjunta DVD con las escenas a ser proyectadas durante la obra.

* La calidad de las mismas no es la que se utilizará en la representación.

NOTA 2: Esta obra está basada en "La Risa" de Henri Bergson.

Personajes:

La escritora de comedias

El personaje

"Lo estudiaremos con la atención que merece la vida"

Henri Bergson ("La risa")

“—Hay muchos otros libros que hablan de la comedia, y también muchos otros que contienen el elogio de la risa. ¿Por qué éste te infundía tanto miedo? —Porque era del Filósofo. Cada libro escrito por ese hombre ha destruido una parte del saber que la cristiandad había acumulado a lo largo de los siglos. Antes mirábamos el cielo, otorgando sólo una mirada de disgusto al barro de la materia; ahora miramos la tierra, y sólo creemos en el cielo por el testimonio de la tierra. Cada palabra del Filósofo, por la que ya juran hasta los santos y los pontífices, ha trastocado la imagen del mundo. Pero aún no había llegado a trastocar la imagen de Dios. Si este libro llegara... si hubiese llegado a ser objeto de pública interpretación, habríamos dado ese último paso. —Pero, ¿por qué temes tanto a este discurso sobre la risa? No eliminas la risa eliminando este libro. —No, sin duda. La risa es la debilidad, la corrupción, la insipidez de nuestra carne. Es la distracción del campesino, la licencia del borracho. Incluso la Iglesia, en su sabiduría, ha permitido el momento de la fiesta, del carnaval, de la feria, esa polución diurna que permite descargar los humores y evita que se ceda a otros deseos y a otras ambiciones... Pero de esta manera la risa sigue siendo algo inferior, amparo de los simples, misterio vaciado de sacralidad para la plebe. Ya lo decía el apóstol: en vez de arder, casaos. En vez de rebelaros contra el orden querido por Dios, reíd y divertíos con vuestras inmundas parodias del orden... al final de la comida, después de haber vaciado las jarras y botellas. Elegid al rey de los tontos, perdeos en la liturgia del asno y del cerdo, jugad a representar vuestras saturnales cabeza abajo... pero aquí, aquí —y Jorge golpeaba la mesa con el dedo, cerca del libro que Guillermo había estado hojeando—, aquí se invierte la función de la risa, se la eleva a arte, se le abren las puertas del mundo de los doctos, se la convierte en objeto de filosofía, y páfida teología. La risa libera al aldeano del miedo al diablo, porque en la fiesta de los tontos también el diablo parece pobre y tonto, y, por tanto, controlable. Cuando ríe... el aldeano se siente amo porque ha invertido las relaciones de dominación... la risa sería el nuevo arte capaz de aniquilar el miedo... Y este libro, que presenta como milagrosa medicina a la comedia, a la sátira y al mimo, afirmando que pueden producir la purificación de las pasiones a través de la representación del defecto, del vicio, de la debilidad, induciría a los falsos sabios a tratar de redimir (diabólica inversión) lo alto a través de la aceptación de lo bajo.”

Umberto Eco

Prólogo con espejo

(En la oscuridad se enciende una pantalla. Se proyecta en ella "El chiste más gracioso del mundo" de Monty Python. (Track 1) Se apaga la pantalla. Se enciende la luz. Libros. Cuadernos. Papeles desperdigados. La Escritora de comedias sentada en una butaca de su pequeño cine personal. Se levanta. Toma un espejo. Se contempla. Ensayo muecas. Forcejea con los músculos de su rostro. No parece conformarla lo que el espejo le devuelve).

La escritora de comedias: *(Al espejo)* Yo no sé. No sé. No sé. No sé si esto se habrá transformado efectivamente en un problema físico o qué. No sé si volveré a lograr algún día reproducir ese gesto. ¿Me entendés espejito espejito? ¿Quién es la mujer más parecida a una paradoja que reflejaste? Sí. Yo. Pero no porque lo sea, si no porque soy la única mujer que reflejaste. Sí. Fallada. Es cierto. Tengo una falla importante en la cara. Bah, eso lo sabe todo el mundo *(burlándose)* "Cada uno tiene la cara que se merece". Pero qué falta me hace lo que me falta. Hace demasiado tiempo ya que no sube a mi semblante...no digo la felicidad...pero al menos un arañazo de la gracia. Sí. Es exactamente eso. Me olvidé cómo reír. ¿Y a quién se lo estoy diciendo? A un espejo viejo. *(Coloca el espejo de manera que refleje sus escritos)* A ver...¿Qué reflejan?...Para muchos mucho. Para mí nada. Mi vida entera. Toda mi vida dedicada días y noches a esa macacada. Con estos escritos se han reído multitudes colosales, les ha

dolido la cara, se han agarrado la panza para aliviar el dolor, se han caído de las sillas echándose para atrás, se han ido al bar a seguir riéndose con el recuerdo de la risa pasada y han seguido repitiendo secuencias en su mente por el resto de sus vidas, evocándolas y volviendo a reír. Supongo que te acordás. Yo solía reírme de mis propias ocurrencias. Mírame. Ya no. Sencillamente nada me hace gracia. No hay criatura capaz de hacerme reír. Las comisuras de los labios me pesan hacia abajo. ¿Ves? Durante un tiempo seguí escribiendo mis comedias... no me mires así. De algo hay que vivir. Pero...empezó por generarme un sutil rechazo y luego un profundo asco ver a la gente reír. Reír una y otra vez de los mismos mecanismos. De los mismos engaños. Una noche, volviendo a casa, pensé por primera vez: "¿De qué mierda se ríen?". Desde entonces intento descifrarlo. Y ahí está el problema. Al intentar comprender la risa, al ver la desnudez del mecanismo, la risa muere. No puedo contemplar una acción graciosa, o en teoría graciosa, sin tratar de registrar en mi mente el mecanismo que se está utilizando para provocar la risa. ¿Hace cuánto que no me ves reír? Mis ganas de reír se fueron desgajando hasta morir, frente a la maquinaria genial e inabarcable de la risa. Y nada nada nada me hace gracia. Absolutamente nada. Así que acabo de tomar una determinación irrevocable. Voy a escribir mi última comedia. Pero no voy a considerarla pronta, hasta que encuentre un personaje que por fin me haga reír. Recién ahí, me voy a morir tranquila. *(Enciende el proyector. Se proyecta "Le declaro la guerra" de Los Hermanos Marx (Track 2). La escritora de comedias contempla con completa seriedad. Al finalizar la proyección apaga el proyector contrariada).*

La escritora de comedia: *(Mirándose en el espejo)* Nada. Absolutamente nada.

Alumbramiento

(La escritora de comedias escribe. Compulsiva. Poseosa. Mientras tanto, una luz nace en otro lugar. Tras una puerta. La escritora de comedias escribe.

Compulsiva. Poseosa. Mientras tanto la luz alumbra un ser naciente. Anodino. La escritora de comedias se acerca a la puerta y la abre).

La escritora de comedias: *(Al ser que nace)* Te espera una gran tarea. *(Le entrega un cuaderno y un lápiz)* Estudiaremos el tema con la atención que merece la vida.

(El personaje mira sin el menor signo de registro de información).

La escritora de comedias: Ah, perdón. Voy a darte entendimiento. *(Escribe en un cuaderno. El personaje ríe de pronto)* Ah, ahora que entendés te reís. ¿De qué te reís? Voy a empezar por darte unas lecciones.

(Se desarrolla una secuencia de acciones donde se muestra que la Escritora le enseña diversas cosas al Personaje).

La escritora de comedias: Bien. Te escucho.

El personaje: *(Deteniendo su juego y como cumpliendo con un recitado*

escolar) Muchos han definido al hombre como un animal que ríe...también podrían haberlo definido como un animal que hace reír, ¿no?... y muchas cosas, no solo el hombre, producen risa para mí.

La escritora de comedias: Mal. Si algún animal o alguna cosa inanimada produce risa, es siempre por su semejanza con el hombre o por el uso que el hombre hace de la cosa. Ese perro tiene cara de triste. Esa piedra parece una casita. Esa nariz parece un bizcocho. Ese gato se ve gracioso con el abrigo que le tejieron...Anotá. ¿No anotás? ...No entendiste. Te voy a dar más cualidades, pero no quiero que te pases de la raya. Siempre vas a ser inferior a mí, si no, nunca voy a reírme de vos. *(La escritora de comedias escribe en el cuaderno)* A ver si podés entender esto... qué cara tonta que tenés, en vez de darme gracia me da pena. Vamos a cambiarla.

El personaje: Ah ¿Por qué?

La escritora de comedias: Tu voz. Tampoco me convence... probemos. Desfile de caras y voces con la frase: "Buenos días señora escritora de comedias".

(El personaje realiza con entusiasmo un muestrario de caras y voces. Nada parece convencer a La escritora de comedias).

El personaje: Estoy cansada.

La escritora de comedias: ¿Te quejás?

El personaje: Sí.

La escritora de comedias: Seguimos.

El personaje: Insensible.

La escritora de comedias: ¡Eso! Anotá. La insensibilidad por lo general acompaña a la risa. No hay mayor enemigo de la risa que la emoción.

El personaje: ¿No podemos reírnos de una persona que nos inspire afecto?

La escritora de comedias: Sí. Pero debemos olvidarnos por un momento de ese sentimiento y dejar de lado la piedad.

El personaje: ¿Hay que ser inteligente para reír?

La escritora de comedias: En una sociedad de inteligencias puras quizás no se llorase, pero con toda seguridad se reiría... Voy a contarte algo... tengo un problema... no puedo reírme. *(El personaje se entristece)* ¿Te pone triste? Mal. Muy mal. ¿Me querés? *(El personaje asiente)* ¡Mal! Dejá de lado tu afecto. Anotá. "Asiste a la vida como un espectador indiferente y muchos dramas se convertirán en comedia". Mirá. Soy escritora de comedias y no consigo reírme. Mirá. *(La escritora de comedias intenta la mueca de la risa exageradamente pero no logra concretarla. El personaje ríe)*. Bien. Eso. Eso. Vení. A ver qué te parece esto.

(Se disponen en el pequeño cine personal. Se proyecta a Jerry Lewis en "Orchestra" (Track 4). El personaje no se ríe. Parece más cercano a la tristeza).

La escritora de comedias: ¿No te da gracia?

El personaje: No. Me da pena.

La escritora de comedias: ¿Pena?

El personaje: Él cree que tiene instrumentos y no tiene.

La escritora de comedias: ¡No! Estás usando la emoción. ¡Estás usando la emoción! ¡Leé tus notas!

El personaje: *(Leyendo de sus notas con seriedad).* “Lo cómico precisa anestesia del corazón”... ¿Yo tengo corazón?

La escritora de comedias: Sí. Yo te lo di. Está en el cuaderno.

El personaje: Tachámelo.

La escritora de comedias: ¿Por qué?

El personaje: Quiero reír continuamente.

La escritora de comedias: Soy yo la que se tiene que reír. No vos.

El personaje: Pero vos tenés corazón. No se te puede tachar. Yo quiero reír mucho. Si yo riera mucho, vos reirías también. Creo entender que la risa se contagia.

La escritora de comedias: No. No siempre. Por supuesto que ríe más estridentemente el público a sala llena. Pero si por ejemplo viajaras en tren, y

observaras un grupo de viajeros reír a carcajadas, no necesariamente reirías. Aislado no se ríe. Si viajaras en su grupo probablemente sí lo hicieras. Pero si no estás con ellos no sentís la menor gana. ¿Entendiste? *(El personaje asiente con la cabeza)*. A ver, contame una historia sobre esto.

El personaje: ¿Cómo? Si no viví.

La escritora de comedias: *(Tomando su cuaderno y haciendo referencia a él)*.

Yo inventé una vida para vos. Parece que no entendés. Tomá. Buscá un recuerdo.

El personaje: Una vez leí que un hombre, a quien le preguntaron por qué no lloraba al oír un sermón que a todos hacía llorar terriblemente, contestó: "No soy de esta parroquia". *(Ríe)*.

La escritora de comedias: Sote.

El personaje: ¿No te reís?

La escritora de comedias: No.

El personaje: ¿Por qué? Si es Sote es buena. Es cómica. Y lo sabés. ¿Por qué no te reís?

La escritora de comedias: Consigo darme cuenta de su gracia. Sólo eso. ¿Hay alguna otra cosa que quisieras saber? Como premio a tu buen ejemplo te voy a dar información.

El personaje: Em...sí...sí...hay algo muy importante que quiero saber...em...

¿hay palabras terminadas en jota?

La escritora de comedias: Sí.

El personaje: ¿Cuántas?

La escritora de comedias: Solo tres.

El personaje: Sé dos...

La escritora de comedias: Y la tercera...no te la voy a decir.

El personaje: ¿Por qué?

La escritora de comedias: Por insensible. Y para tenerte siempre en mis manos. Siempre vas a querer saberla y yo nunca te la voy a decir. Así, siempre vas a ser mía. *(Acercándose a la puerta)* Me voy a dormir.

El personaje: ¿Me voy a quedar sola?

La escritora de comedias: Sí.

El personaje: ¿Dónde estoy?

La escritora de comedias: No lo tengo decidido.

El personaje: ¿Qué sé de mí?

La escritora de comedias: Pocas cosas. Ahí, en el cuaderno de tu vida tenés escritos algunos recuerdos. Voy a cerrar la puerta. Es por tu bien.

El personaje: ¿Encerrada?

La escritora de comedias: Sí. Dame el cuaderno. *(Escribe)* Te voy a dar un problema. Una enfermedad. Vas a estar un rato a solas con tu pensamiento. Tu pensamiento primitivo.

Dentro I

El personaje: Doce siglos atrás... perdón, debe hacer algo así como... un minuto, no sé ni cómo, entré acá. Ya va a hacer por lo menos... dos horas. Y estoy aburrida. Tengo la sensación de que la puerta está cerrada *(Se acerca dubitativa a la puerta e intenta abrirla sin éxito)*. Y es una buena sensación, porque es cierta. También tengo la sensación de que alguien me pidió que entrara acá... hace unos días, pero no es una sensación de las mejores, porque no estoy segura de que sea una sensación cierta. No puedo negar que me tienta un hermoso juego de palabras: cierta sensación, puede no ser cierta. ¡Me encantan los juegos de palabras! Me gustaría además saberlos todos. *(Se dirige a la puerta, como si recién la descubriera, e intenta abrirla sin éxito)*. Es que no recordaba si la puerta estaba abierta. *(Intenta abrirla nuevamente, sin éxito)*. Lo bueno es que acá adentro no siento necesidades físicas, porque estar encerrada y tener necesidades físicas, tiene que ser una de esas sensaciones... terribles, pero en cambio estar encerrada y no tener necesidades físicas es... *(intenta*

abrir la puerta, como queriendo escapar sigilosamente, sin éxito) es increíble que alguien pueda sobrevivir encerrado durante... cuatro años, sin nada más que su mente. Por eso hablo. No es lo mismo pensarlo que decirlo. Una se siente más..... acompañada. Más loquita, pero más acompañada. Y eso que recién entré, porque calculo que a medida que el tiempo vaya pasando, la cosa se va ir poniendo más brava ¿no? Capaz que de tanto hablar y hablar y hablar encuentro la palabra que me falta. Desde chica... desde hace poco que desde siempre ando buscando una de las tres únicas palabras del castellano que terminan en “j”, ¡ja! Es casi seguro que ya están pensando si conocen alguna, y casi más todavía seguro que la primera que les salió fue “reloj”. Capaz que algún entendido se acordó de la palabra “carcaj” “¿Y eso?” Preguntará alguno. “El cosito donde se llevan las flechas” (*intenta abrir la puerta, con naturalidad, mientras habla, sin éxito*) y dicen “cosito” porque no van a decir “el carcaj es el carcaj donde se llevan las flechas”. ¿Y la tercera palabra terminada en “j” cuál es? (*Intenta abrir la puerta, como para salir a averiguar, sin éxito*) ¡No puedo permanecer encerrada sin saberlo! (*Intenta abrir la puerta, con cierta desesperación, sin éxito*).

Un nombre

(La escritora de comedias abre la puerta del no lugar)

La escritora de comedias: Buen día.

El personaje: ¿Cuál es?

La escritora de comedias: ¿Lo qué?

El personaje: La tercera palabra terminada en jota. ¿Cuál es?

La escritora de comedias: No te la voy a decir.

El personaje: Entonces no voy a hacerte reír.

La escritora de comedias: Eso no lo decidís vos. Mi poder sobre tu naturaleza...

(Tropieza con libros y cae. El personaje ríe). ¿De qué te reís?

El personaje: Te caíste.

La escritora de comedias: ¿Te da gracia ahora? *(Se tira deliberadamente al piso).*

El personaje: No.

La escritora de comedias: ¿Por qué?

El personaje: No sé. ¿Por qué?

La escritora de comedias: Porque tuve la voluntad de tirarme. Antes te reíste porque caí contra mi voluntad. Hubiera sido preciso cambiar el paso o esquivar. Pero por falta de agilidad, por distracción o por obstinación del cuerpo, siguieron los músculos ejecutando el mismo movimiento cuando las circunstancias exigían otro distinto. Por eso te reíste. Anotá: Lo cómico es accidental.

El personaje: (*Acercándole el cuaderno*). Podrías hacerme distraída y te haría reír.

La escritora de comedias: Pf. El distraído ya tentó a varios. Don Quijote, distraído en su mundo de novelas de caballería.

El personaje: Lo leí... eh... vos decidiste que lo había leído... pero no recuerdo si alguna vez se cayó por distracción.

La escritora de comedias: Sí. Un detalle... Una caída es siempre una caída. Pero una cosa es caer en un pozo simplemente y otra caer por ir mirando una estrella.

El personaje: Je. Me gusta Don Quijote. ¿Qué título le vas a poner a esta obra? ¿Mi nombre?

La escritora de comedias: No tenés nombre todavía. Y no. No va a ser un nombre. Un nombre es título de tragedia. Pero la comedia exige otra cosa. Un nombre genérico. Un tipo: El avaro, El jugador, ... Otelo, la tragedia... ¿la leíste?

El personaje: No.

La escritora de comedias: *(Escribe en el cuaderno)*. Bien. Ahora sí, la leíste.

El personaje: Ah. Sí. El celoso.

La escritora de comedias: ¡No! "Otelo". Jamás podría llamarse "El celoso". Porque el vicio es cómico. El escritor de comedias debe mostrarnos el vicio en todo su detalle, en extremo, hasta dejar ver casi los hilos que mueven a su criatura.

El personaje: Vos tenés un vicio. *(Acercándole el cuaderno)* ¿Puedo ser escritora?

La escritora de comedias: Lo voy a pensar... ¿qué escribirías?

El personaje: Escribiría una obra con tu vicio.

La escritora de comedias: Ah, ¿sí? Y ¿cómo se llamaría?

El personaje: "La seria" . Y sería la historia de un personaje que no puede reírse y que si quiere reírse una vez más en la vida, tendrá que morir.

La escritora de comedias: No sirve.

El personaje: ¿Por qué?

La escritora de comedias: Porque soy conciente de mi vicio. Anotá: Lo cómico es inconciente. Apenas un hombre haciendo el ridículo advierte su ridiculez, trata de modificarse, al menos en lo externo.

El personaje: Entonces modifícate.

La escritora de comedias: No puedo.

El personaje: ¿No es cómico eso? Un vicio que no puede modificarse aunque se quiera.

La escritora de comedias: No. Es trágico. Escribí mejor una tragedia y ponéle mi nombre.

El personaje: ¿Cómo te llamás?

La escritora de comedias: Nuria.

El personaje: ¿A secas?

La escritora de comedias: ...Tengo un primer nombre... pero no lo uso.

El personaje: ¿Cuál es?

La escritora de comedias: Petunia. (*El personaje ríe*). Sí. Es ridículo, por eso no lo uso.

El personaje: Te voy a poner P.Nuria. ¡Ja!

La escritora de comedias: Es gracioso sí. Pero me lo hicieron muchas veces. Así que ya dejó de serlo. A dormir.

El personaje: ¿Dónde estoy?

La escritora de comedias: Todavía no lo sé.

El personaje: ¿Cuándo estoy?

La escritora de comedias: Tampoco lo sé. *(Cierra la puerta del no lugar).*

Dentro II

El personaje: Sufro una terrible enfermedad, hace muchos años que recién me la agarré. Un deseo innato de poseer las cosas completas. Una colección de figuritas, por ejemplo. No soporto los álbumes sin llenar. Ni ese bollón de bolitas con un espacio vacío entre la tapa y el montón. Mamá decía que me iba comprar las bolitas para llenar el bollón, así no decía más que qué feo el espacio transparente. Daba igual. Yo ya me había conseguido un bollón más grande para cuando llenara ese. Ni tampoco me gustaba la colección de Julio Verne. Pensaba que la tenía completa yo, del uno al diez, y un día papá me trajo el número catorce, lo puse junto a los diez, lo miré de lejos, y no soporté el salto del diez al catorce. Lo saqué del estante y lo tiré a la mierda. Uno de los días más tristes de mi vida. *(Intenta abrir la puerta, como por hacer algo, sin éxito)*

¡Voy a contar un sueño recurrente!: llueven cosas en la ciudad, no se sabe por qué, cosas sin importancia precisa para mí, como por ejemplo... retazos de tela. Comienzo a juntarlos y llega un momento en que no puedo cargar más. La imagen del resto de la ciudad cubierta de retazos que yo no puedo cargar, me hace despertar en un grito de espanto. Al menos la vigilia me devuelve un suspiro de alivio. Esa lluvia de retazos, no sucedió en realidad, así que no tengo

por qué sentirme frustrada. Los retazos no existieron. ¿Pero y si hubieran existido? ¿Cómo vivir con esta enfermedad? Hace ya apenas tanto tiempo que me pasa, y pareciera mucho más, si no fuera que es mucho menos de lo que en realidad parece. Todo se me vuelve insuficiente. Y no se trata sólo de elementos materiales, podría tratarse de refranes, películas por mirar, palabras terminadas en “j”, que se sabe que sólo existen tres: “reloj”, “carcaj” y el problema es la tercera palabra terminada en “j”...o lo que sea que se encuentre en este mundo en más de un ejemplar.

Un rostro

(La escritora de comedias abre la puerta del no lugar).

El personaje: Buen día. Quería pedirte algo.

La escritora de comedias: ¿Qué?

El personaje: Una cara cómica. Quiero una cara cómica.

Escritora de comedias: ¿Y qué es una cara cómica? ¿Querés ser ridícula?

¿Querés ser... fea?

El personaje: No, fea no.

La escritora de comedias: ¿Cuál es la diferencia entre una cara fea y una cara

cómica?

El personaje: Habría que saber primero qué es lo feo y..después ver qué tiene lo cómico de feo o... algo así, ¿no?

La escritora de comedias: Bien. Una expresión cómica debe ser...

El personaje: Rígida.

La escritora de comedias: *(Sorprendida por el acierto)*. Sí. Una expresión que no prometa más de lo que da. Una mueca definitiva. Elegite una.

El personaje: Sí... pero... ¿Cómo tendría que ser?

La escritora de comedias: Digamos que parezca que cristalizó en ella toda la vida moral de una persona. Eso. Hay caras que parecen ocupadas en llorar sin descanso, otras en reír, otras en soplar eternamente una trompeta imaginaria. Esos son los rostros más cómicos.

El personaje: Una caricatura. Nos hace reír una cara que lleva puesta su propia caricatura. ¿Puedo mirar el televisor?

La escritora de comedias: Sí, pero no lo prendas.

El personaje: Jajjaa. Pero me gustaría.

La escritora de comedias: Acá no se prende esa porquería. Una mueca que se estira. ¿Probamos?

El personaje: Sí.

(El personaje realiza un despliegue de rostros caricaturescos. La escritora de comedias contempla. La escritora de comedias se duerme durante la muestra. El personaje constata que esté efectivamente dormida. Sigilosa y nerviosamente, toma el cuaderno de la vida y escribe alguna cosa. Ríe mucho, pero en silencio. Vuelve a escribir en el cuaderno. Se mete en su no lugar y cierra la puerta).

Dentro III

El personaje: Lástima que justo me vine ayer para acá. Porque iban a pasar un documental sobre mariposas. No sobre mariposas. Sino sobre eso tan raro que tienen las mariposas, pobres. Veinticuatro horas existen y se van. Ya es un lugar común para lo efímero. Pero es así. Esa es la mejor metáfora. Por eso justamente es un lugar común. Porque es la mejor. Tal cual así. Yo me siento así, pero más...explayada en el tiempo, digamos. Es una seguridad estomacal de las más firmes. Cuando yo consiga lo que quiero. A todo nivel digo, o sea, la plenitud. Y la siento en cada poro al respirar, en cada fracción de aire, que ingrese al centro neurálgico de la plenitud esa que digo. Muero. No cabe otra posibilidad. *(Intenta abrir la puerta, con temor, con tristeza, sin éxito)*. La vida es corta ¿No? Pero corta ¿con respecto a qué?

La imitación

La escritora de comedias: *(Abriendo la puerta del no lugar).* ¿Dormiste bien?

El personaje: ¿Sé mentir?

La escritora de comedias: No.

El personaje: ¿Puedo saber?

(La escritora de comedias escribe en el cuaderno de la vida).

El personaje: Sí. Dormí perfectamente.

La escritora de comedias: No estás durmiendo...Voy a dejarlo así. Bien. A lo nuestro. Tenés voz...Tenés cara...algo de vida...Nos toca pasar de lo cómico de las formas a lo cómico de los movimientos. *(El personaje se mueve enloquecidamente).* Enunciaré la ley que en mi concepto preside a todos esos fenómenos y que puede deducirse sin trabajo: “Las actitudes, gestos y movimientos del cuerpo humano, son risibles en la exacta medida en que este cuerpo nos hace pensar en un simple mecanismo”.

El personaje: *(Realizando movimientos maquinales).* ¡Una máquina funcionando en el interior de una persona!

La escritora de comedias: Eso debería parecernos. Una idea es algo que crece, rebota, florece y madura, del principio hasta el fin del discurso. Nunca se

detiene, nunca se repite. Es necesario que cambie a cada momento, porque dejar de cambiar es dejar de existir. El gesto ha de animarse con ella. Ha de aceptar la ley fundamental de la vida, la de no repetirse nunca. Pero si un movimiento del brazo o de la cabeza se repite periódicamente siempre igual, si alcanza a distraerme y si en cierto modo lo espero, tendré que reírme contra mi voluntad.

El personaje: ¿Por qué?

La escritora de comedias: Porque estoy en presencia de un mecanismo que funciona automáticamente. Ya no es la ley de la vida lo que tengo adelante, sino el automatismo instalado en ella. Es lo cómico. Vení. Sentate.

(Se proyecta "Tiempos modernos", la escena de la mecanización laboral (Track 6). Se apaga en proyector).

El personaje: *(Imitando a Chaplin).* ¡Guau! Claro. Por eso los gestos que no nos hacen reír, se vuelven ridículos cuando alguien los imita o cuando se repiten. Yo puedo imitarte y convertirme en tu caricatura.

La escritora de comedias: *(Mientras La escritora de comedias habla, El personaje imita sus gestos).* Nuestros estados de alma cambian todo el tiempo y si nuestros gestos siguieran fielmente nuestros movimientos interiores, si viviesen como vivimos, no se repetirían jamás y desafiarían toda imitación. Pero... empezamos a poder ser imitados cuando dejamos de ser nosotros mismos.

El personaje: ¿Qué querés decir?

La escritora de comedia: Qué molesto eso que hacés. Quiero decir que solo se pueden imitar los gestos extraños a nuestra condición de seres vivos.

El personaje: Pensé algo.

La escritora de comedias: A ver...

El personaje: Dos caras. Ninguna de las dos hace reír por sí misma. Juntas hacen reír por su parecido.

La escritora de comedias: Ah, pensé que habías pensado. Eso lo leíste. Es de Pascal, que también advirtió que los gestos que de por sí no son ridículos inspiran risa por su repetición.

El personaje: Bien. Nuestra comedia deberá tener entonces... repeticiones... gestos recurrentes... escenas donde se inviertan papeles... palabras que se repitan periódicamente... podría ser la tercera palabra terminada en jota...

La escritora de comedias: ¡No! Estás pensando demasiado. Yo escribo la comedia. Escribí tu tragedia si querés.

El personaje: ¡Esto ya lo viví!

La escritora de comedias: Ah qué cansancio. A dormir.

El personaje: Te estás olvidando que yo... (*La escritora de comedias cierra la puerta del no lugar*). bueno... a pensar.

Dentro IV

“¿Y el tema cuál es?”. Eso me decía siempre mi madre. Que cuál era el tema ese del que yo hablaba siempre. Porque hablara de lo que hablara yo siempre hablaba del mismísimo tema, parece. El tema es qué se hace con todo eso. ¿Dónde se mete? ¿Cómo se deja de lado a diario? ¿Por qué tipo de certezas de papel se intercambian las cuestiones hondas, las de piedra? Una las guarda en una estantería, en la que deposita todo lo que por el momento, podría empañarle la felicidad. Pero es mentira que una se olvida por completo de esa estantería mientras va viviendo. Y esos recordatorios, fugaces aunque sea, son justamente lo que no la deja a una ser plenamente dichosa. Aunque sea tan lindo decir que una es dichosa. Entonces ¿para qué y cuándo es que se guardan? ¿Y cómo se hace para que no vengan? ¿Y cómo se digiere la farsa si no vienen? ¿Y en todo caso, qué utilidad tendría desenmascarar la existencia? ¿Y si la desenmascararan qué? El tema seguiría siendo siempre qué se hace con todo eso.

(Cuando el personaje se dirige a intentar abrir la puerta La escritora de comedias abre la puerta del no lugar).

Un disfraz.

El personaje: ¿Sos feliz vos? ¿Cuánto pensás que dura la existencia? ¿En relación a qué la medís? ¿Cuánto hace que existo? ¿Existo? ¿El hecho de que sea una invención de tu mente me hace inexistente o es otra forma de existencia? ¿Cuándo voy a ser feliz yo? ¿Cuando encuentre la última palabra terminada en jota? ¿Ahí? ¿Ahí sí? ¿Y vos cuándo? ¿Cuándo encuentres la risa?

(La escritora de comedias escribe).

La escritora de comedias: Listo. Ya te puse en el cuaderno. Leíste a Sartre, no preguntes más.

El personaje: Pero Sartre no da respuestas.

La escritora de comedias: ... Buen punto... tenés razón.

(El personaje asombrado baila de emoción y baila y baila y baila y saca a bailar a La escritora de comedias que se niega).

El personaje: Dale, ¡es divertido! Y si te tapás lo oídos y me ves es más divertido todavía.

La escritora de comedias: *(Tapándose los oídos).* Me parece una ridiculez.

El personaje: *(Aún bailando).* A mí me gusta.

La escritora de comedias: *(Escribe en el cuaderno de la vida).* Ya tenés sentido del ridículo. *(El personaje para de bailar y se avergüenza).* Ahora que te miro bien. Un detalle no menor. Tu indumentaria.

El personaje: ¿Ropita?

La escritora de comedias: Sí, *(imitándola).* Ropita.

El personaje: Jaja Qué graciosa sos.

La escritora de comedias: ¿Te gusta la ropa?

El personaje: ¡Sí! ¡Las revistas de moda!

La escritora de comedias: Bien, te tengo una noticia: Toda moda es ridícula.

El personaje: No, la moda es bella.

La escritora de comedias: La de tu época, la actual, porque nos acostumbramos a ella y parece formar parte de nuestro cuerpo. Pero... cuando la incompatibilidad entre la envoltura y el objeto envuelto se vuelve profunda, diremos que la persona se disfraza.

El personaje: Se...como si toda vestidura no fuera un disfraz.

La escritora de comedias: ¿Qué modales son esos? Voy a borrar esos humos del cuaderno de tu vida *(intenta borrar)*... no puedo borrar... qué cosa más rara...

El personaje: Sigamos con el tema de mi ropa.

La escritora de comedias: *(Extrañada y no muy convencida)*. Sí, sigamos.

El personaje: ¿El uso amortigua lo cómico?

La escritora de comedias: ¿Cómo?

El personaje: Se me figura que a fuerza de repetir una indumentaria se amortigua su efecto cómico. Me pareciste cómica la primera vez que te vi. Ahora ya no. La costumbre. ¿No? Así que, me gustaría cambiarme de ropa todos los días. Ya sé que es raro que los personajes de una obra de teatro se cambien de ropa, pero quiero hacerlo.

La escritora de comedias: Acá no interesa lo que vos quieras.

El personaje: Uy qué malísima. Deberías pintarte el pelo.. de rubia... jajajaj....
¿Por qué me da gracia eso? Te imagino y me da gracia.

La escritora de comedias: *(Visiblemente alterada)*. ¡No sé! Hay una lógica de la imaginación que no es la lógica de la razón y que hasta suele estar peleada con ella. A ver...un ser que se disfraza es una figura cómica.

El personaje: Pero también lo es un hombre que parece disfrazado.

(La escritora de comedias intenta borrar nuevamente algo del cuaderno de la vida. Sin éxito).

La escritora de comedias: Sí... Por consecuencia será cómico todo disfraz.
Vamos a vestirte.

El personaje: ¡Bien! *(Baila)*.

(Se realizan pruebas de vestuario, durante las cuales El personaje se muestra visiblemente emocionado).

La escritora de comedias: ¡Por favor! ¿Podrías parar de bailar y quedarte un poco quieta? Criatura indomable, insoportable, arrancaría todas las páginas de tu cuaderno y te convertiría en nada. Maldita la hora en que decidí inventart...
(estornuda).

El personaje: Jajajaja.

La escritora de comedias: ¿Por qué mueve a risa un orador que estornuda en el momento más patético de su discurso?

El personaje: ... Por un brusco pasaje de nuestra atención de la moral al cuerpo...

(La escritora de comedias la mira detenidamente con el mayor extrañamiento).

La escritora de comedias: Sí... exacto... demasiado exacto... Por eso el poeta trágico intenta evitar todo lo que pudiera atraer nuestra atención hacia el cuerpo del personaje. Por miedo a la infiltración cómica.

El personaje: Por eso los héroes trágicos nunca se sientan. Sentarse nos haría recordar que tienen un cuerpo.

La escritora de comedias: Estás pronta.

(En su indumentaria quedó en el sombrero, sin que ninguna lo advirtiera, la pluma con la que La escritora de comedias escribe).

El personaje: ¿Qué soy?

La escritora de comedias: Una ridiculez.

El personaje: ¿Qué profesión tengo? ¿A qué me dedico?

La escritora de comedias: No lo pensé. ¿No querías ser escritora?

El personaje: No sé. De eso también depende que sea más o menos cómico mi atuendo. Pensá en un juez de pollera corta, un jugador de fútbol con medias de red, un..

La escritora de comedias: ¡Ya entendí!

El personaje: Bueno, pensá qué soy y cómo hablo.

La escritora de comedias: ¿Cómo?

El personaje: No sé, ¿Cómo?

La escritora de comedias: No sé.

El personaje: Digo, un orador tartamudo... por ejemplo..

La escritora de comedias: Sí... sí... estás pensando mucho. Mejor dormir.
Mañana veremos.

El personaje: Pero pensalo, ¿sí? En el ritmo de la palabra reside casi siempre lo destinado a completar el ridículo total. (*Repite la frase anterior varias veces a distinto ritmo*). Vos pensalo.

La escritora de comedias: Hasta mañana.

El personaje: *(Aparte)* Si no, lo voy a pensar yo.

Dentro V

El personaje: Yo voy a preguntarle a alguno que pase. Porque a fin de cuentas ¿hace ya cuanto que estoy hablando sola? *(Intenta abrir la puerta, convencida, sin éxito)*. Igual me gusta charlarme. Y sí. Total que yo soy escritora también, pero nunca puedo escribir, porque no me alcanza. Las letras. Yo al que le escribía era a Alberto. Lo que pasa que Alberto creía que no lo quería. Porque yo siempre lo recibía mal. Medio mal bah, como sin ganas. Y esa es la verdad. Entonces lo que pasa es que yo escribía mientras Alberto demoraba. Porque Alberto siempre demoraba. Y yo agarraba y lo escribía y se lo pinchaba en la puerta, con una chinche, del lado de afuera: y justo acá tengo alguno, porque como recién vine como que se conservan bien todavía... y eso que han pasado los años *(Saca un papel del bolsillo y recita en voz alta)*:

“La espera. Fatídico acontecimiento diario. El tiempo muerto entre la hora en que uno se entusiasma. Y ordena la casa. Lava. Limpia. Coloca en su lugar. Se baña. Se dispone. Con la sonrisa más nueva y el abrazo más pronto. Y la hora en que sucede el suceso. Que no es jamás la hora señalada. Se distrae la risa en ese tiempo. Se entrevera en el polvo, que ya vuelve a nacer sobre la biblioteca. El mundo entra dentro de uno, a través de una copa. Que estaba

reservada para dos. La ciudad como siempre. Y uno anclado. Por si llega ahora. Por si llega. En este preciso segundo. Y no. Los segundos no cuentan en la espera. Siempre es más que segundos. Y tristeza”.

Triste y lindo ¿no? ¿Uno más? Y sí, yo no me voy a conformar con uno. Ya me está dando la lástima de que no haber traído más. Yo qué sabía... porque yo tengo en casa más, y acá no, igual no tengo tantísimos más como quisiera haber escrito, pero ahí va otro:

“Es la hora señalada. La de morir de nariz contra la ventana. La de dejar enfriar el café con leche. La hora en la que se desempaqueta el regalo, que se había preparado y se coloca sobre el escritorio, como un adorno, que uno se compró nomás, por regalarse algo, de vez en cuando. Esa hora en la que hay que salir de la postura física expectante. La hora en la que uno finalmente, abre la puerta con amargura. Como si no le hiciera bien esa presencia”.

Y Alberto no entendía nada. No es ese tipo de tipo que se conmueve con letras. “Él llegaba, arrancaba el papel, sonreía como diciendo “qué pesada”, se mordía el labio inferior y decía “siempre la misma”, arrugaba el papel, lo tiraba a la basura y se iba. Se iba enojado, gritándome que no lo quería. Así son los hombres, aunque ellos digan que que así son las mujeres. Y nunca se me ocurrió explicarle que lo que me molestaba era que llegara siempre tarde, que eso me hacía completamente infeliz y que por eso siempre lo recibía mal. Y porque lo lindo está en que él se dé cuenta solo. Porque yo me doy cuenta sola de las cosas. (*Intenta abrir la puerta sin éxito*).

Me doy cuenta que esta puerta está cerrada... y no es tan sencillo darse

cuenta de eso (*intenta abrir la puerta, como para demostrar lo que dice, sin éxito*) porque varias veces me paré ya para comprobarlo, y ahora me parece que sí, que me doy cuenta, aunque nunca se llega a saber ¿no? Además el tiempo pasa rápidamente lento. El tiempo... la hora... Cuestión que un día mi amiga insistió en que era lo mejor, y yo por mi amiga, me fui a decirle Alberto todo. Lo que sigue lo cuento en tercera persona porque no quiero que se parezca a un recuerdo:

(*Adopta una actitud de narradora de historias*). Cuando ella llegó corriendo a la esquina de su apartamento, Alberto esperaba en la puerta. Por primera vez había llegado antes que ella. Por fin lo había hecho. Por fin lo había comprendido todo. Ella lo miró mientras caminaba lentamente hacia él. Cada vez más lentamente. Alberto miraba hacia la otra esquina, sin advertir su presencia. El rostro de ella, fue un pasaje en cámara lenta, de la boca abierta del asombro, a la boca apretada de la sonrisa satisfecha, a la boca entreabierta y caída de la seriedad y el miedo de sentir lo inesperable. Baldosas antes de Alberto, ella supo cristalinaamente que no lo quería. Que de verdad no lo quería. Que los retrasos de Alberto, simplemente habían dilatado el asunto. Se dio vuelta y corrió. Nunca más volvió a verlo. (*Intenta abrir la puerta, como si su función de narradora hubiera terminado y fuera hora de irse, sin éxito*).

Capaz que corrí tanto que me llegué hasta acá. No sé. A veces me parece que la cabeza me corre más veloz que los pies. Capaz que ahora en un rato pasa a buscarme mi cuerpo y ya me voy. Total, no hace tanto que estamos y está linda la charla ¿no?

**Humildes marionetas cuyos hilos
están en manos de la necesidad**

La escritora de comedias: *(Abriendo la puerta del no lugar).* Hola

El personaje: Escritora quiero ser. Definitivamente sí.

La escritora de comedias: Bueno *(va a escribir, advierte que no tiene la pluma, lee algo en el cuaderno y se detiene pasmada)* Ya lo dice...

El personaje: ¿No recordás haberlo escrito?

La escritora de comedias: No.

El personaje: Estarás escribiendo dormida...

La escritora de comedias: A ver... asomate.

(Se desarrolla una secuencia de golpes de guiñol)

La escritora de comedias: Hoy hablaremos de teatro, empezaremos por el guiñol. Cuando el comisario se aventura a presentarse en escena recibe al punto, como es natural, un garrotazo que lo tumba en el suelo. No bien ha logrado incorporarse, vuelve a caer de un nuevo garrotazo. Vuelta a levantarse y vuelta a caer. Vuelve a levantarse y vuelve a caer. Al compás uniforme de un resorte que se estira y se afloja, que se estira y se afloja. Cae y se levanta el muñequito ante la creciente hilaridad de los espectadores. Ahora pensemos en un resorte moral, una idea que se expresa y después permanece un instante

como aplastada y torna a renacer.

El personaje: *(Desde el piso. Fatigado).* ¿Cuál es la última palabra terminada en "j"?

La escritora de comedias: No te la pienso decir.

El personaje: ¿Cuál es la última palabra terminada en "j"?

La escritora de comedias: No te la pienso decir.

El personaje: ¿Cuál es la última palabra terminada en "j"?

La escritora de comedias: No te la pienso decir.

El personaje: ¿Cuál es la última palabra terminada en "j"?

La escritora de comedias: No te la pienso decir.

El personaje: ¿Cuál es la última palabra terminada en "j"?

La escritora de comedias: *(Tapándole la boca a El personaje).* No te la pienso decir. Una fuerza que se obstina y otra que la combate. Hemos salido del guiñol y hemos entrado en la comedia. Tomemos la idea del resorte que se afloja y torna a estirarse. Extraigámosle lo esencial y tendremos uno de los procedimientos usuales de la comedia clásica.

El personaje: La repetición.

La escritora de comedias: Repetilo.

El personaje: La repetición.

La escritora de comedias: Repetilo.

El personaje: La repetición.

La escritora de comedias: Repetilo.

El personaje: La repetición. Jajajaj. Me da risa

La escritora de comedias: El absurdo. Lo mecánico en lo vivo. Una idea fija.

El personaje: ¿Y cuál es?

La escritora de comedias: ¿Lo qué?

El personaje: La última palabra terminada en "j"

La escritora de comedias: ¡¡¡¡¡No la séeeee!!!!

(El personaje entristece inmediatamente y se genera un silencio tenso).

La escritora de comedias: No hay escena real, escena seria y hasta trágica, que no pueda ser llevada por la fantasía hasta lo cómico con sólo evocar esta sencilla imagen: que detrás de la aparente libertad hay un juego de fantoches. Que somos, como dijo el poeta...

Juntas: Humildes marionetas cuyos hilos, están en manos de la necesidad.

La escritora de comedias: Hablando de hilos. Vení.

(Se disponen en el pequeño cine. Se proyecta "Espantapájaros" de Buster Keaton. (Track 7) La escena de la cena. Se apaga el proyector).

La escritora de comedias: ¿Bailás?

El personaje: *(Extrañado)* Sí.

(Se desarrolla un baile donde La escritora de comedias oficia de ejecutante de los movimientos que El personaje realiza a modo de marioneta. Paulatinamente El personaje pasa a dominar los movimientos de La escritora de comedias. Cuando ésta lo advierte se sale bruscamente del juego).

La escritora de comedias: Esto no puede ser. ¿Dónde está la pluma?

El personaje: No sé. ¿Para qué la querés?

La escritora de comedias: La quiero.

El personaje: Yo también la quiero.

(Buscan desesperadamente la pluma, que está en el sombrero de El personaje).

La escritora de comedias: No la busques.

El personaje: La busco sí, porque soy escritora. Y la quiero.

La escritora de comedias: *(Empujándola dentro del no lugar).* Pero no te corresponde. Esta historia la estoy escribiendo yo.

El personaje: Yo también escribo esta historia... *(La escritora de comedias cierra la puerta del no lugar. En el mismo momento la Escritora de comedias dice la frase que sigue a coro con El personaje).*

Siempre aparecerá un rastro de lo que no queríamos ser y sin embargo

fuimos.

El equívoco

La escritora de comedias: *(Angustiada. Desesperada. Al espejo).* Ella es para mí...lo máspreciado. Mi vida entera es ella. ¿Entendés? La única. Si yo llegara a perderla para siempre, mi desconsuelo sería tal... tal... tal... tal vez merezca perderla.... Sí... por cruel... por desagradecida... la cosa más bella... la razón de mi ser... que aunque complique por momentos mi existencia me da las más grandes satisfacciones de mi vida... Si la pierdo... *(Abre la puerta. El personaje salta sobre ella y la abraza apretadamente).*

El personaje: ¡Jamás me perderás!

(La escritora de comedias se deshace con asco de ella tirándola al suelo).

La escritora de comedias: ¡No hablaba de vos!

El personaje: Ah... ¿no?

La escritora de comedias: ¡Hablabas de la pluma!

El personaje: *(Entristecido).* Ah... ah... ah... ja ja jajajajajaja... jajja... ja ah... ja yo creí que... hablabas de ... pero hablabas... de jajaja... jajajja

La escritora de comedias: ¡El equívoco! He ahí un genial mecanismo de la comedia. Cuando un personaje cree estar frente a una situación determinada pero realmente se encuentra inmerso en algo muy alejado de la situación que imaginaba. ¿Donde estará esa puta pluma?

El personaje: Lo que importa no es que perdiste la pluma. Perdiste la risa. Eso

importa.

La escritora de comedias: Sí. Claro. De eso se trata todo esto. ¿Pero dónde estará la puta pluma?

El personaje: *(Sacando la pluma del sombrero y ofreciéndosela).* Acá.

La escritora de comedias: El objetopreciado perdido que estaba delante de las narices.

El personaje: ¿No ves que de tanto descifrar y hacer teoría se te escapó la alegría y que capaz que no vuelve?

La escritora de comedias: Sí, idiota, sí. Lo veo.

El personaje: Nunca te voy a hacer reír, porque vos nunca vas a mirarme desde ahí. En las azoteas de la teoría no se ríe. Se ven las calles lejos y parece que uno no formara parte de la ciudad. Tendrías que saltar para llegar de nuevo ahí. Pero no llegarías viva.

(El personaje se mete por voluntad propia en el no lugar y habla desde la puerta. Mientras tanto La escritora de comedias intenta con desesperación borrar cosas del cuaderno. Sin éxito).

El personaje: Esa es tu puerta. Que no se abre. Tu fondo es el mismo que el mío. ¿Cuál es la tercera palabra terminada en jota? *(La escritora de comedias busca en el cuaderno).* No está. No la sabemos. Algo nos falta. Y la mala noticia es que algo va a faltarnos siempre. No podés completarme a mí. Porque no podés completarte a vos. Porque perdiste una parte. Porque perdiste el juego. Porque cuando dejaste de reírte te habías muerto.

(El personaje se mete en el no lugar y cierra la puerta).

Dentro VII

La escritora de comedias y El personaje: Y ahora que capaz que también además la muerte es esto. ¿Y qué? Puede ser ¿y qué? Sí, si yo ya estoy charlando en pasado. ¿Y qué? Sí ... estoy asustada (*intentan abrir la puerta*) ¿y qué? Y capaz que mejor que esté cerrada la puerta, mirá si hay guerra afuera... y capaz que es blindado esto y no le pasan ni las balas, ni los tanques, ni nada nuclear, ni nada y sobrevivo ¿Y qué? Y me trajeron acá para salvarme. Siempre es mejor pensar que más vale lo que uno tiene. ¡Para salvarme me vine yo acá! Gran parte de mi vida me perdí acá adentro yo. Pero me salvé ¿Y qué? Y afuera no quedó nada y yo sí, yo quedé. Y eso es buenísimo. Porque afuera estaba la guerra, que si no estalló no importa, porque era la guerra igual, aunque no haya estallado es la guerra igual. Y ahora nomás, en cinco años me van avenir a buscar para... no, capaz que no, porque explotaron... pero me van a venir a buscar ya, en doce siglos me vienen a buscar para ir para allá otra vez y... (*intentan abrir la puerta y la puerta se abre*) y yo no voy. Porque faltan cosas allá. Y acá, hace un larguísimo instante, que lo tengo todo. Todo. Porque en la soledad de mi mente, está todo. Porque no preciso a la gente. Que se ríe de todo. Porque yo soy mejor que ellos. Porque pienso. Y yo prefiero así. Porque yo sé que si me quedo quietita y le dedico otros doce siglos a eso, yo lo voy a entender. Todo. Así que que se cierre nomás.

(Luego de un silencio. Intentan abrir la puerta y constatan que está cerrada nuevamente) Menos mal, porque yo en mi mente lo tengo todo y soy feliz. Porque con el paso del tiempo lo voy a poder comprender. (Intentan abrir la puerta arrepentidas, sin éxito) ¿Y qué? Si tengo todo. En mi mente. Todo... (Tironeando desesperadas la puerta, que no se abre). ¡Menos la tercera palabra que termina en jota! (La escritora de comedias desesperada intenta borrar algo del cuaderno. El personaje intenta abrir la puerta. Presa de la impotencia La escritora de comedias arranca de cuajo las hojas del cuaderno. Al mismo tiempo El personaje abre la puerta. Se miran detenidas un segundo. La escritora de comedias aferrada a las hojas y El personaje aferrado al pestillo. Tras unos segundos detenidos El personaje se disuelve. La escritora de comedias ríe alto y triunfante. Su risa se congela de repente. Parece darse cuenta de algo de vida o muerte. Lee las hojas que tiene en la mano. Y se disuelve).

(Apagón).